

En Mussachio, Humberto, Mejía Madrid, Fabrizio, Escobar Toledo, Saúl, González Gómez, Francisco y Bartra, Armando., *Más Revueltas: Cinco aproximaciones a la vida de Pepe*. CDMX (México): Para Leer en Libertad.

José Revueltas: Entre el mesianismo científico y el ánimo luctuoso.

Bartra, Armando.

Cita:

Bartra, Armando (2017). *José Revueltas: Entre el mesianismo científico y el ánimo luctuoso*. En Mussachio, Humberto, Mejía Madrid, Fabrizio, Escobar Toledo, Saúl, González Gómez, Francisco y Bartra, Armando. *Más Revueltas: Cinco aproximaciones a la vida de Pepe*. CDMX (México): Para Leer en Libertad.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/armando.bartra/30>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pCd2/6mn>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MÁS REVUELTAS
Cinco aproximaciones a la vida de Pepe

Humberto Musacchio

Fabrizio Mejía Madrid

Saúl Escobar Toledo

Francisco González Gómez

Armando Bartra

© Humberto Musacchio, Fabrizio Mejía Madrid, Saúl Escobar Toledo,
Francisco González Gómez y Armando Bartra.

Marzo 2017

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez, Ezra Alcázar y
Óscar de Pablo.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Caricatura en portada cortesía de José HERNÁNDEZ.

@BRIGADACULTURAL

**JOSÉ REVUELTAS: ENTRE EL MESIANISMO
CIENTÍFICO Y EL ÁNIMO LUCTUOSO**

Armando Bartra

“Un país de muertos caminando...”

José Revueltas. *El luto humano*.

“Mira, le acabo de tomar una foto a José Revueltas”, me dijo el desconocido mostrándome su celular. Lo primero que se me ocurrió es que el fantasma de Pepe merodeaba por la manifestación contra la desaparición forzada de los normalistas de Ayotzinapa. Pero al verla bien me di cuenta de que el de la foto no era el autor de *Los días terrenales*, era yo.

De momento pensé que el comentario del desconocido estaba fuera de lugar, que Pepe y yo no nos parecíamos en nada. Aunque luego tuve que reconocer que en efecto hay un cierto aire de familia entre la facha que tengo hoy y el Revueltas de lentes, piocha canosa y pelo largo de sus últimos años.

Más tarde, al escribir este texto, concluyo que la semejanza va más allá del remoto parecido físico. Y es que

al asomarme a la militancia, el pensamiento político y la literatura de Revueltas me asomo a mi propia biografía.

Pepe me llevaba 26 años, lo que cuando uno es joven — y yo lo era en el tiempo en que nos conocimos — es una distancia abismal. Sin embargo en los primeros sesenta del pasado siglo ambos éramos militantes de una izquierda vapuleada por la represión a los movimientos sociales y en general vapuleada por la historia. Una izquierda sacada de quicio que buscaba afanosamente un nuevo marco referencial.

Él y yo éramos “espartaquistas”, designación que Pepe había tomado del grupo de comunistas encabezado por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, expulsado del Partido Socialdemócrata alemán por oponerse a sus ideas claudicantes y derechistas. Y es que también los “espartacos” de aquí habíamos sido expulsados del Partido Comunista Mexicano. Aunque Revueltas y su grupo salieron en 1959-60 y nosotros dos años después, de modo que ellos militaban en la minúscula Liga Leninista Espartaco y nosotros en la ínfima Liga Comunista Espartaco. Y entre las dos corrientes había contactos, un diálogo político que me permitió tratar a Revueltas.

El primer encuentro fue en un departamento de la colonia Juárez, donde creo recordar que también estaban otros dos espartaquistas: Eduardo Lizalde y Jaime Labastida. Olvidé por completo los asuntos concretos que mi organización me había encargado negociar con la suya. Pero recuerdo muy bien que Pepe y yo nos enfrascamos en un animado debate geoestratégico y filosófico que evidentemente no estaba en el orden del día pero nos apasionaba a ambos.

Revueltas sostenía que en tiempo de bombas atómicas, la lucha por evitar una guerra mundial termonuclear

y por la coexistencia pacífica entre las potencias y entre los sistemas socialista y capitalista, era para los comunistas una tarea de primer orden. Yo en cambio argumentaba que era claudicante anteponer la lucha por la paz a la lucha por la revolución. Y, a poco discutir, apareció el fondo filosófico del asunto.

Pepe pensaba —y lo había escrito en su libro *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*— que “el desarrollo de la técnica moderna de guerra a su máximo de irracionalidad” dramatizada por las bombas atómicas, coloca a la humanidad frente a un nuevo tipo de alienación que ya no es sólo al capitalismo y el imperialismo como sistemas, sino también a las fuerzas productivas-destructivas que estos sistemas han creado. Contradicción que por su potencial apocalíptico amenaza no sólo a las clases explotadas sino a la humanidad toda. Yo, en cambio, sostenía que las contradicciones sociales son siempre de clase y que la alienación no puede serlo a las cosas, aun cosas tan amenazantes como las bombas termonucleares, sino por fuerza a las relaciones sociales que las engendran.

Ese día agotamos el tiempo pero no la discusión, de modo que acordamos seguir debatiendo la cuestión en un próximo encuentro. Para esa nueva cita yo me pertreché con algunas frases del joven Marx tomadas de los *Manuscritos económico filosóficos* de 1844 recién publicados en español, mientras que Pepe llegó armado de un enjundioso manuscrito de varias cuartillas que había preparado sobre el tema. Naturalmente, y para estar a tono con nuestra filiación de izquierda, no pudimos ponernos de acuerdo.

A medio siglo de distancia tengo que reconocer que Pepe tenía razón. Como la tenía el historiador marxista in-

gles Edward Palmer Thompson, quien por esos años sostenía que la humanidad enfrenta un reto nuevo e inaudito que va más allá de la explotación y opresión capitalista y al que llamaba “exterminismo”. Postura por la que otros marxistas lo acusaban, como yo a Revueltas, de olvidar la lucha de clases.

La idea de que nos chingan las clases explotadoras y los órdenes sociales opresores – como dice el mantra marxista – pero que también nos joden las cosas, los objetos físicos y metafísicos pergeñados por este sistema; la idea de que la configuración material y espiritual del mundo por obra del gran dinero y en particular el desarrollo de unas fuerzas productivas que a la vez son destructivas, es el origen de una contradicción tan severa como las de orden económico; la idea de que el acoso del gran dinero es de índole socioeconómica pero también material y espiritual son puntos de vista que hoy hago míos y sobre los que he discurrido largamente en libros como *El hombre de hierro. Límites sociales y naturales del capital en los tiempos de la Gran Crisis*.

Pero éstas eran posiciones a las que José Revueltas ya había llegado hace medio siglo. Quizá porque – como dice Thompson – los “que habíamos contemplado la anunciación de la tecnología exterminista en Hiroshima (habíamos) situado en un profundo lugar de nuestra consciencia la expectativa de que la misma continuidad de la civilización era problemática”. Y Pepe, que había nacido en 1914, sí la había contemplado.

Pero lo que mejor retrata a Revueltas no es que tuviera razón en alertar sobre el peligro de lo que llamaba la “desrealización objetiva del ser humano”, sino la generosidad

con la que un intelectual de primer orden y cabeza indiscutible de su corriente política, aceptaba intercambiar argumentos con el muchacho caguengue que era yo entonces. Y que lo hiciera sobre cuestiones sin duda trascendentes pero que por esos años, igual que ahora, parecían inaprensibles disquisiciones filosóficas.

En este tema Pepe traía la neta. Pero Revueltas fue un gran tipo no porque siempre tuviera razón sino pese a que se equivocaba y quizá porque —como todos— solía equivocarse. Y particularmente por la naturaleza de los errores que Pepe cometía.

En su novela de 1964 titulada precisamente *Los errores*, Revueltas se ocupa centralmente de las perversiones del movimiento comunista, equipo en el que alineó toda su vida, mientras que sobre el reto que representa la edificación del partido de los marxistas reflexiona —y pontifica— en el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, publicado dos años antes. Enjundioso libro, éste, en el que propone una lectura aun hoy filosa y heterodoxa del siglo XX mexicano.

Aun así, pienso que el *Ensayo...* es uno de los espléndidos errores de Pepe, pues el texto falla en lo fundamental: la pretensión de aportar ideas útiles para evitar fracasos de la lucha popular como el que representó la represión de las huelgas ferrocarrileras de marzo de 1959, y formular propuestas políticas que permitan a estos y otros movimientos avanzar hacia la victoria definitiva sobre el capitalismo mexicano.

Y falla en esto porque Pepe se compra una fórmula de raigambre leninista y trotskista entonces todavía muy en boga: la idea de que todos los problemas que enfrenta la

lucha de clases se resuelven con un “partido de vanguardia”, que este partido se construye de “arriba para abajo” y que su tarea mayor es “inculcarle” al proletariado los conceptos necesarios para que se haga revolucionario. La propuesta hegeliana de que tras de la historia hay una razón subyacente que lo mueve todo, se prolonga en la propuesta marxista-leninista de que “el partido” encarna esta razón. Así lo plantea Trotski: “El Partido siempre tiene la razón. Solo se puede tener razón con y por el Partido, ya que la historia no tiene otras vías para realizar su razón”.

El punto de partida argumental del Ensayo... es que “el proletariado comienza por actuar, ante todo en la propia cabeza de Marx, en su pensamiento teórico”. Aserto de regusto hegeliano y del que Revueltas desprende que “corresponde a los ideólogos proletarios la tarea de dar a la clase obrera su conciencia en una forma organizada, es decir, organizar esa conciencia instituyéndose ellos mismos en el cerebro colectivo, que piense por la clase, para la clase y con la clase”. La conclusión de este razonamiento es que las ideas revolucionarias no surgen de las experiencias del movimiento social sino de un ejercicio científico.

La lucha de clases y la ideología socialista, como se sabe, tienen fuentes diferentes de desarrollo y no nace la una de la otra. La ideología socialista se forma al margen de la lucha de clases, como resultado de un proceso científico .

Propuestas paradójicas, pues, son formuladas por Pepe a fines de 1960 y principios de 1961, en plena cruda de la represión militar al movimiento ferrocarrilero de 1959 por la que los líderes rieleros Demetrio Vallejo y Valentín Campa, entre otros, estaban en la cárcel. Una huelga nacio-

nal que Revueltas y sus compañeros de militancia siguieron de cerca y de la que él escribió un buen balance, el artículo *Enseñanzas de una derrota*, publicado en julio de 1961, en el número 4 de la Revista Revolución.

Pero el *Ensayo...* no dedica al entonces reciente conflicto sindical más que tres renglones escasos en el Prólogo. Y uno se pregunta ¿cómo pudo Pepe escribir un libro de 260 páginas que busca salidas políticas a golpes tan fuertes como el de 1959, sin pararse a reflexionar, cuando menos un poco, sobre los avatares específicos de esa experiencia? La respuesta está en el propio artículo mencionado, donde escribe:

“En el movimiento ferrocarrilero se debatía esencialmente la cuestión de la independencia de la clase obrera (...) Pero, para que la independencia de la clase pueda ser posible en la realidad exterior, en la vida social y práctica, debe ser concebida desde antes en el terreno del pensamiento.”

En 1968 Revueltas —que antes del estallido andaba más errático y abismado que de costumbre— de plano se mudó al movimiento estudiantil. Por semanas comió, bebió, mal durmió, debatió acaloradamente y escribió interminables manifiestos, reflexiones y testimonios en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, compartiendo domicilio con la “uruguayana múltiple”: la inefable Alcira Sanst Scaffo. Sí, la que se pasó los largos días de la ocupación militar de Ciudad Universitaria encerrada en un baño de la Torre de Rectoría y escribiendo poemas en el papel sanitario, y que yo conocí como abonada en el Mesón del Perro, como llamaban los que ahí comían a la casa de Margarita Paz Paredes en San Ángel.

A muchos la experiencia del 68 nos sacó a empellones del vanguardismo sectario en que divagábamos, convencié-

donos de que es en la acción colectiva multitudinaria donde en verdad se hilvanan las utopías que valen la pena. Pensé entonces —y casi medio siglo después lo sigo pensando— que los movimientos sociales son los poetas de la historia.

También a Pepe lo transfiguró el movimiento. Y en su curso pergeñó interesantes propuestas autogestionarias. Pero en lo tocante al Partido, su leninismo era incurable. En sus reflexiones acerca de esos días en vilo reconoce que algunos participantes desprendieron de la experiencia del 68 la necesidad de “ir al pueblo”. Lo que para él no era sino espontaneísmo anarquista o maoísta. Así, en un balance escrito probablemente en 1969 y que se quedó en borradores Pepe ratifica lo dicho 7 años antes en el *Ensayo...* el problema del movimiento fue “la falta de un partido de clase del proletariado”, vanguardia que debe ser construida prontamente evitando las “concepciones antileninistas”, y a esa tarea convoca a los “antiguos espartaquistas”.

En tiempos como los de ahora, en que echamos porras a los movimientos sociales atribuyéndole a su “agencia” todo el protagonismo histórico, y en que no creemos en más transformaciones chidas que las que vienen de mero abajo, el impúdico vanguardismo de las tesis revueltianas resulta inadmisibile para la mayor parte de las izquierdas. Pero en los sesenta esas ideas eran asumidas fervientemente por muchos activistas, entre ellos yo. Militantes, quizá algo mesiánicos, pero honestamente preocupados por una emancipación de los trabajadores que no veíamos cómo procurar si no era con una conducción iluminada.

Sin embargo Pepe era mucho más que un leninista del montón. José Revueltas era un hombre del medio siglo des-

garrado por las contradicciones sociales, políticas y existenciales que la Primera Guerra Mundial había patentizado. Y ese desgarramiento se muestra mucho más en su luctuosa literatura que en su optimista y a veces providencialista discurso político.

Nacido en 1914 Pepe pertenece a la generación del gran desencanto, de la vertiginosa desilusión, de la insondable incertidumbre derivada de una apocalíptica circunstancia mundial donde las promesas de la modernidad en sus dos vertientes, la capitalista y la socialista, iban cayendo hechas pedazos. Para entenderlo bien, hay que ver a Revueltas en el espejo de contemporáneos suyos de otras latitudes como los franceses André Malraux, Marcel Camus, Paul Nizan, Jean-Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty, Simone de Beauvoir; como los alemanes Max Horkheimer, Walter Benjamin, Karl Jaspers y Hannah Arendt y, por qué no, chinos como Lu Sin. Permítaseme, pues, un breve recorrido por los luctuosos de otros rumbos.

Retomo aquí las líneas que sobre el tema escribí en *Tomarse la libertad. La dialéctica en cuestión*.

En el prólogo del libro *El fin de la esperanza*, publicado en 1950 y referido al gran trauma que fue la Guerra Civil Española, escribe Sartre:

“Hemos entregado a nuestros hermanos. La voz... se convierte en la voz... de un hombre que hemos asesinado... Morir no es nada: ¿pero morir con vergüenza, con odio, con horror, lamentando haber nacido? Es el Mal radical y no hay que pensar que victoria alguna puede borrarlo... Aunque liberásemos a España... Es necesario que leáis para saber cómo se grita el fin de la esperanza, porque dentro

de poco nos tocará el turno a nosotros. Luego no habrá ya nadie que grite. Ni nadie que se tape los oídos”.

El alzamiento de los militares contra la República española es más que anécdota literaria o asunto coyuntural. Para Sartre y su generación, hombres y mujeres que treintaban cuando se alzaron los generales, el fusilamiento de la democracia y de la inteligencia al otro lado de los Pirineos es un llamado al enrolamiento social.

Como lo fue la derrotada insurrección china de los años veinte para Malraux, participante en el movimiento y autor de una de las primeras novelas que aborda la revolución libertaria como compromiso y desgarradura. La condición humana, escrito en 1933, concluye alegóricamente con dos vidas que se bifurcan. La compañera de Kyo, revolucionario caído en el alzamiento de Shanghai, se dispone a continuar la lucha. En cambio, el padre de Kyo ha perdido asidero: “Era Kyo quien me unía a los hombres; el marxismo ha dejado de vivir en mí. Ante los ojos de Kyo era una voluntad (...); pero ante los míos es una fatalidad, y me ponía de acuerdo con él porque mi angustia de la muerte armonizaba con la fatalidad. Ya no hay más angustia en mí”.

La del medio siglo es una humanidad que no se halla, y los libros que documentan el malestar resultan *best seller* antes del tiempo de los *best seller*. La condición humana, de Malraux, La edad de la razón, de Sartre, *Los mandarines*, de Beauvoir, son textos abismados, y el mismo ánimo perturbado comparten Nizan, Camus o Merleau-Ponty. Un talante semejante lo encontramos en pensadores alemanes como el existencialista cristiano Jaspers, quien desmenuza la crisis moral, política y social asociada al ascenso del na-

cional socialismo y se enfrasca en una renovada búsqueda del fundamento, y su discípula Arendt, obsesionada por dilucidar la naturaleza del mal. Así como en miembros de la escuela de Frankfurt como Horkheimer, que se erizan tempranamente contra el fascismo y contra el totalitarismo de la Unión Soviética, al tiempo que se desmarcan de lo que consideran el fatalismo de Carlos Marx: “Su error metafísico, pensar que la historia obedece a una ley inmutable, es compensado por su error histórico: pensar que es en su época cuando esta ley se cumple y se agota”. Del mismo grupo es Benjamín, quien deja constancia de su ánimo fúnebre: “De los que vendrán no pretendan gratitud por nuestros triunfos, sino rememoración de nuestras derrotas. Esto es consuelo: el consuelo que sólo puede haber para quienes ya no tienen esperanza de consuelo”, palabras escritas en 1940 y a las que añade un gesto elocuente al suicidarse en Port Bou tratando de escapar del fascismo.

Escuchar el grito desolado del sufriente y comprometerse con la rebeldía pese a la íntima desesperanza que nos angustia no es ánimo privativo de los franceses y alemanes o de la tradición cultural europea, es también perfil de muchos intelectuales excéntricos.

Los cuentos y novelas del chino Lu Sin escritos entre la tercera y cuarta décadas del siglo pasado en medio del torbellino revolucionario, son, como él mismo explica en un prólogo de 1922, “grandes gritos de llamada” para despertar a quienes duermen dentro de “una enorme casa de hierro sin ventanas y prácticamente indestructible”, con el propósito de que cuando menos sepan que van a morir asfixiados... Y también porque mientras haya hombres des-

piertos “no puedes asegurar que no existe la esperanza de destruir la casa de hierro”.

Con la perspectiva que me da el circunloquio, regreso a lo de acá: a otras matanzas, a otras insurrecciones populares extraviadas, a otros escritores que fusionan el ánimo luctuoso con el optimismo de la voluntad, como es el caso de nuestro José Revueltas. Y es que a Pepe lo desazonan el franquismo, la Guerra Mundial y el holocausto judío, pero también lo indigna el naufragio material y espiritual de la Revolución Mexicana en el mar de los sargazos del sistema de partido único.

Y aunque el novelista es un marxista militante, también a él le cala el vientecillo helado de la incertidumbre. En *Los días terrenales* (1949), Gregorio, encarcelado y torturado, reflexiona desde el pozo ciego de su celda:

“Porque el problema consiste en soportar, resistir la verdad interna de uno mismo, aunque esa verdad sea mentira. “Resistir la verdad – pensó Gregorio – es el planteamiento justo de la cuestión, porque la verdad es el sufrimiento de la verdad, la comprobación no tanto de si esa verdad es verdadera, tanto de si es uno capaz de llevarla a cuentas y consumir su vida conforme a lo que ella exige” (...) Soportar la verdad – se le ocurrió de pronto – pero también la carencia de cualquier verdad (...)”.

“La puerta de la celda se abrió (...) Lo conducirían a otro sitio, sin duda, para torturarlo nuevamente. Para crucificarlo.”

“Ésa era su verdad. Estaba bien.”

Con estas palabras de vértigo metafísico termina *Los días terrenales*, un libro que la valió a Revueltas la repulsa de sus correligionarios.

Porque, como Gregorio, Pepe admite que nuestra verdad puede ser la ausencia de la verdad. Convicción desoladora por la cual ciertos marxistas lo tacharon de individualista y pesimista, mismos epítetos que por esos años le endilgaban en Francia a Jean-Paul Sartre.

Uno de los ídolos de la modernidad que en el siglo XX se derrumba es el del providencialismo laico. La idea de que hay una "razón" histórica que trabaja para nosotros, la presunción de que el transcurrir de los tiempos es un curso de progreso que desemboca indefectiblemente en un mundo de leche y miel, en una Arcadia anticipadamente contratada que puede ser el paraíso de abundancia con libertad individual de los apologistas del capitalismo, o el paraíso de abundancia con equidad social de los cultores del socialismo. Fe nacida de la moderna fetichización del futuro, que a mi parecer profesa el Revueltas político de *El proletariado sin cabeza*, pero de la que se desmarca el Revueltas narrador: desde *Los muros de agua* y *El luto humano* hasta *El apando*.

La fijación política de Pepe con la ausente cabeza del proletariado, con el intelectual colectivo y con los conceptos revolucionarios de los que, según él, depende la emancipación de los trabajadores, contrastan con su obsesión literaria por los pies desollados y polvorientos con que marcha el pueblo; no por la mente esclarecida gracias al marxismo sino por el cuerpo maltratado y sufriente, por los apetitos carnales, por la violencia, por el sexo.

Pienso que Pepe sale a balcón en algunos de sus personajes. En *Los errores*, Jacobo es, como Revueltas, un comunista roído por la incertidumbre.

“¿O acaso los caminos del hombre – como los caminos de Dios – serían también inescrutables? (...) La historia sería siempre una deidad cruel, objetiva. Lo objetivo no admite consideraciones éticas; existe, sucede, transcurre y nada más. Las cosas habían sido siempre hacia delante, eso era una verdad más poderosa y elocuente que todo. Ahí estaba la Muralla china, las pirámides egipcias, los templos de Chichén-Itzá. Los muertos no contaban y tampoco las lágrimas de aquel poeta anónimo y sin huella que habrá protestado en su tiempo contra la violenta impiedad sin fin de las terribles construcciones. Sus lágrimas y su poesía habían sido anti-históricas; hasta nosotros sólo llegaron las lágrimas, la sangre, el padecimiento, el martirio y la muerte que se convirtieron en piedra labrada, en arquitectura, en túmulos astronómicos, en desafiantes estatuas. Estas lágrimas y esta muerte sí pertenecían a la vida, y no las del pobre poeta solitario y sin habla y desnudo y vencido. (...) ¿Qué es la verdad? (...) La única verdad es la falta de verdad: verdades concretas, transitorias, tangibles. Pirámides, cruces, sangre...”

Otra evidencia que desde la Segunda Guerra Mundial, el holocausto y el gulag estaliniano estremece todos y en la que algunos se abisman, como es el caso de la alemana Hannah Arendt, es la presencia del mal. No la maldad de ciertos individuos descarriados sino el mal ontológico, el mal como protagonista mayor de nuestra historia. Una presencia que en los tiempos del crimen de Iguala y de la muerte sin fin que precipitaron las guerras del narco de Felipe Calderón y Peña Nieto, nos estremece a todos.

En *Los errores*, a Jacobo lo obsesiona “investigar el papel histórico de la maldad moral” seguirle la pista al mal

“como motor del impulso histórico”. Pregunta para la que Revueltas tiene una respuesta: el mal se apersona porque Dios nos ha dejado solos. En una de sus primeras novelas, *El luto humano*, la muerte de una niña: Chonita, es para los personajes la ausencia de Dios y de toda esperanza. El cura que los acompaña a esta muerte, y lo que el deceso desata, lo llevan a la certeza del desconsuelo; de que había en esta tierra un suceder inevitable y malo (...) De que los muertos entierran a sus muertos en este país (...) Los muertos cobraban entonces una calidad viva y superior. De pronto eran ya, consagrados e inmortales, actitud, salvación, renuncia. Y este país era un país de muertos caminando, hondo país en busca del ancla del sostén secreto.

En México esto es una persistente certidumbre, una terca verdad. Lo era en los tiempos de la inmediata pos-revolución en que transcurre *El luto humano*, lo era en los tiempos de sangrientas represiones que le tocaron a José Revueltas y lo es en los tiempos de hoy. Nuestros muertos a la mala, nuestros matados son legión y son inmortales.

En Revueltas, como en Juan Rulfo, un gran protagonista es la muerte. No sólo la que a todos nos espera sino la de quienes nos precedieron en el trance y no se acaban de ir porque dejaron pendientes. El asunto es entonces la responsabilidad que los vivos tenemos para con los muertos, en los términos en que lo plantea Benjamín cuando dice que hay que hacer la revolución no por los que habrán de nacer sino por los que dieron su vida luchando por la libertad y fracasaron en el intento.

Después de releer *El luto humano* y *Pedro Páramo* pienso inevitablemente que la desolada aproximación de Re-

vueltas y Rulfo al tema de la muerte hace que parezcan ingeniosas pero frívolas las lucubraciones de Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*.

Y la mala muerte sigue ahí. Por si se nos había olvidado, la masacre de Atlautla y la ejecución en Iguala de los jóvenes de Ayotzinapa nos recuerdan que somos “un país de muertos caminando”, que el México del tercer milenio sigue siendo un país “en busca del ancla”, en busca del “sostén secreto”.

Pero ni Pepe ni sus abismados personajes tiran la toalla. Aun en los momentos de mayor desamparo no se rinden, siguen adelante. No caminan movidos por la fe pues Dios y Chonita han muerto, ni marchan en ancas de una razón histórica que no existe. Simplemente caminan; caminan “sin destino, sin objeto, sin esperanza. Por no dejar”.

Así también caminamos nosotros: por no dejar.

¿A dónde iban?

Pero con todo, caminar, buscarse, porque aun cuando fueran derrotados, algo les decía, muy dentro, sin que oyeran nada, que la salvación existía, si no para ellos, para eso sordo, triste y tan lleno de esperanza que representaban.

Caminaba Úrsulo en su desesperada voluntad, sobrehumano, tratando de salvarse, con el demonio de la salvación dentro, que repetía sus voces. No salvarse de la muerte; salvar su sentido, su desolación...

En efecto iban a desaparecer para siempre, así mismo la región entera y el país y el mundo. Pero aquellos pasos, aquel buscar, perdurarían por los siglos, cuando el viento, cuando alguien se detuviera a escuchar la voz del polvo.

Y así caminan recorriendo el país los compañeros, los
padres, los hermanos de los desaparecidos de Ayotzinapa.

San Andrés Totoltepec, México, diciembre 2014.